VERANO | 12

EL SIGLO EN LA MIRADA DE SUS PRINCIPALES PROTAGONISTAS



Sartre

Sartre confiaba en que la filosofía podía dotar al hombre del siglo XX de los instrumentos necesarios para conquistar su autonomía individual, colectiva e histórica. Esa filosofía a la cual le estaba destinado tan alto fin está animada por una convicción esencial: hay una verdad cuyo sentido, aún en la esclavitud, sigue siendo la libertad. Si el hombre es verdaderamente libre, entonces toda empresa teórica debe comenzar por esa evidencia. En términos muy simples éste es el programa de la filosofía sartreana, una filosofía que sin duda le debe mucho al Siglo de las Luces.

Cuando el existencialismo de Sartre salió al ruedo en los años 30, chocó con la oposición de casi todas las filosofías conocidas. Marxistas, cristianos, humanistas tradicionales, neopositivistas, todos se unieron circunstancialmente para ver en ella una especie de irracionalismo que corría el riesgo de echar a perder cuatro siglos de resultados científicos positivos. Sartre y su existencialismo fueron tildados de pesimistas. A ello, el filósofo respondía que, por el contrario, era optimista, pero riguroso. Idealista, pero contestatario. Racionalista, pero crítico. Y que no estaba dedicado a demoler la catedral, sino a construirla de nuevo.

En la filosofía de Sartre hay cuatro movimientos bien definidos: en el primer movimiento, el de *La imaginación* (1936) y *Lo imaginario* (1940), funda su propia teoría de la conciencia humana; en el segundo movimiento, el de *El ser y la nada* (1943), analiza el problema de la naturaleza humana a través de una teoría del ser; en el tercer movimiento, el de la *Crítica de la razón dialéctica* (1960), medita largamente sobre Marx y el marxismo contemporáneo, sentando las bases de una antropología existencialista; en el cuarto movimiento, el de *El idiota de la familia* (1971-72) obra que dejó inconclusa), elabora, sobra la base de una filosofía radical de la libertad, una teoría de la pasividad. Idealista primero, luego discípulo de la fenomenología alemana, al final se volvió materialista. Sin embargo, su materialismo no es el de los marxistas: una vez más se trata de una forma de idealismo (aunque Sartre lo llamaba "realismo").

Entre 1938 y 1943 Sartre fue el ejemplo de una hiperactividad única en el mundo de las letras: publicó la novela *La náusea*, los relatos de *El muro*, y la obra teatral *Las moscas*, entre otras obras.

Nació en 1905 y murió en 1980. En 1964 le fue concedido el Premio Nobel de Literatura, pero se negó a aceptarlo.

POR JEAN-PAUL SARTRE

Las palabras

PUBLICADO EN 1964, *LAS PALABRAS* ES UN LIBRO AUTOBIOGRÁFICO Y A LA VEZ UNA DE LAS OBRAS MÁS LOGRADAS Y BRILLANTES DEL ESCRITOR Y FILÓSOFO FRANCÉS. EN ESTE FRAGMENTO SARTRE HABLA DEL PRIMER CONTACTO CON LOS LIBROS, Y DE LA FORMA EN QUE DESDE NIÑO CONFUNDIÓ EL "DESORDEN DE LAS EXPERIENCIAS LIBRESCAS" CON EL "AZAROSO CURSO DE LOS ACONTECIMIENTOS REALES".

Empecé mi vida como sin duda la acabaré: en medio de los libros. En el despacho de mi abuelo había libros por todas partes; estaba prohibido limpiarles el polvo salvo una vez al año, en octubre, antes del comienzo de las clases. No sabía leer aún y ya reverenciaba esas piedras levantadas: derechas o inclinadas, apretadas como ladrillos en los estantes de la biblioteca o noblemente espaciadas formando avenidas de menhires, sentía que la prosperidad de nuestra familia dependía de ellas. Se parecían todas; yo retozaba en un santuario minúsculo, rodeado de monumentos rechonchos, antiguos, que me habían visto nacer, que habían de verme morir y cuya permanencia me garantizaba un porvenir tan tanquilo como el pasado. Yo las tocaba a escondidas para honrar a mis manos con su polvo, pero no sabía qué hacer con ellas y asistía cada día a unas ceremonias cuyo sentido se me escapaba. Mi abuelo, tan torpe de costumbre que mi madre le abrochaba los guantes, manejaba esos objetos culturales con una destreza de oficiante. Le he visto mil veces levantarse con un aire ausente, dar la vuelta a la mesa, cruzar la habitación de dos zancadas, tomar un volumen sin dudar ni lo más mínimo, sin tener el tiempo de elegir, hojearlo mientras volvía a su sillón, con un movimiento combinado del pulgar y del índice, y luego, apenas sentado, abrirlo de golpe por "la página buena", haciéndolo crujir como un zapato. A veces me acercaba para observar esas cajas que se hendían como ostras y descubrir las desnudez de sus órganos interiores, unas hojas descoloridas y enmohecidas, ligeramente infladas, cubiertas de venillas negras que bebían tinta y olían a hongo.

En la habitación de mi abuela los libros estaban echados; se los prestaban en una biblioteca y nunca vi más de dos a la vez. Esas baratijas me hacían pensar en los confites de Año Nuevo porque sus hojas flexibles y con reflejos parecían recortadas en papel satinado. Vivas, blancas, casi nuevas, servían de pretexto para unos ligeros misterios. Todos los viernes mi abuela se vestía para salir y decía: "Los voy a devolver"; a la vuelta, después de haberse quitado el sombrero negro y el velo, los sacaba de su manguito y yo me preguntaba, chasqueado: "¿Son los mismos?". Ella los "forraba" cuidadosamente y luego, tras haber elegido uno de ellos, se instalaba junto a la ventana, en la poltrona, se calzaba las gafas, suspiraba de felicidad y de lasitud, bajaba los párpados con una fina sonrisa voluptuosa, que después encontré en los labios de la *Gioconda;* mi madre se callaba, me pedía que me callase, yo pensaba en la misa, en la muerte, en el sueño; me llenaba de un silencio sagrado. Louise soltaba una risita de vez en cuando, llamaba a su hija, señalaba una línea con el dedo y las dos mujeres intercambiaban una mirada de complicidad. Sin embargo, no me gustaban esos libros con encuadernación demasiado distinguida; eran unos intrusos y mi abuelo no ocultaba que eran objeto de un culto menor, exclusivamente femenino. El domingo entraba por no saber qué hacer en la habitación de su mujer y se plantaba delante de ella sin tener nada que decirle; todo el mundo le miraba, él tamborileaba en el cristal y al final, cuando ya no podía inventar nada, se volvía hacia donde estaba Louise y le quitaba la novela de las manos. "¡Charles –gritaba ella, furiosa–, me vas a perder la página!". Él, con las cejas levantadas, ya estaba leyendo; de pronto golpeaba el libro con el índice: "¡No entiendo!". "¿Pero cómo quieres entender –decía mi abuela–, si lees para adentro?". Acababa tirando el libro sobre la mesa y se iba alzándose de hombros.

Como era del oficio, seguramente tenía razón. Yo lo sabía, me había enseñado, en un estante de la biblioteca, unos gruesos volúmenes encuadernados cubiertos con una tela oscura. "Esos, pequeño, los ha hecho tu abuelo." ¡Qué orgullo! Yo era el nieto de un artesano especializado en la fabricación de objetos santos, tan respetable como un constructor de órganos, como un sastre de clérigos. Yo le vi manos a la obra: todos los años reeditaba el *Deutsches Lesebuch.* En las vacaciones toda la familia esperaba las pruebas con impaciencia; Charles no soportaba la inactividad; se enfadaba para pasar el tiempo. Por fin el cartero llegaba con unos gruesos paquetes blandos, cortábamos los cordeles con unas tijeras; mi abuelo desplegaba las galeradas, las extendía encima de la mesa del comedor y las acuchillaba con rayas rojas, cada vez que había una errata blasfemaba entre dientes, pero sólo gritaba cuando la muchacha pretendía poner la mesa. Todo el mundo estaba contento. Yo, subido encima de una silla, contemplaba con éxtasis esas líneas negras estriadas de sangre. Charles Schweitzer me enseñó que tenía un enemigo mortal: su editor. Mi abuelo nunca había sabido contar; pródigo por despreocupación, generoso por ostentación, acabó por caer, mucho más tarde, en esa enfermedad de los octogenarios: la avaricia, efecto de la impotencia y del miedo a la muerte. En aquella época sólo una extraña desconfianza la anunciaba; cuando recibía, en un giro, el importe de sus derechos de autor; elevaba los brazos al cielo gritando que le degollaban o entraba en la habitación de mi abuela y declaraba sombríamente: "Mi editor me roba como un salteador de caminos". Yo descubrí, estupefacto, la explotación del hombre por el hombre. Sin esta abominación, afortunadamente circunscrita, el mundo habría estado bien hecho: los patronos daban según sus posibilidades a los obreros según sus méritos. ¿Por qué tenían que deslucirlo los editores, esos vampiros, bebiéndose la sangre de mi pobre abuelo? Aumentó mi respeto por aquel hombre de Dios cuya dedicación no encontraba la merecida recompensa. Muy pronto me encontré preparado para tratar el profesorado como un sacerdocio y la literatura como una pasión.

Aún no sabía leer, pero ya era lo bastante *snob* para exigir tener mis libros. Mi abuelo se fue a ver al pícaro de su editor e hizo que le diesen *Les Contes* del poeta Maurice Bouchor, relatos sacados del folklore y adaptados al gusto de los niños por un hombre que, según decía él, había conservado los ojos de la infancia. Yo quise empezar enseguida las ceremonias de apropiación. Tomé los dos pequeños volúmenes, los olí, los palpé, los abrí cuidadosamente por "la página buena" haciendo que crujiesen. Era en vano: no tenía el sentimiento de poseerlos. Sin lograr mayor éxito, intenté tratarlos como muñecas, los mecí, los besé, les pegué. A punto de echarme a llorar, acabé poniéndoselos en las rodillas a mi madre. Ella levantó la vista de su labor. "¿Qué quieres que te lea, queridín? ¿Las Hadas?". Yo pregunté, incrédulo: "¿Están ahí dentro las hadas?". Ese cuento me resultaba familiar; mi madre me lo contaba muchas veces, cuando me lavaba, interrumpiéndose para friccionarme con agua de Colonia, para recoger, debajo de la bañera, el jabón que se le había escapado de las manos, y yo escuchaba distraídamente el relato tan conocido; yo no tenía ojos más que para Anne-Marie, esa muchacha de todos mis despertares; sólo tenía oídos para su voz turbada por la servidumbre; me gustaban sus frases inconclusas, sus palabras siempre retrasadas, su brusca seguridad, rápidamente desecha y que se volvía derrotada para desaparecer con unas hilachas melodiosas y recomponerse después de un silencio. Además de todo eso estaba la historia: era el lazo de sus soliloquios. Mientras ella hablaba, estábamos solos y clandestinamente, lejos de los hombres, de los dioses y de los sacerdotes, como dos corzas en el bosque, con las otras corzas las Hadas; yo no podía creer que se hubiera compuesto todo un libro para que en él apareciese ese episodio de nuestra vida profana, que olía a jabón y a agua de Colonia.

Anne-Marie me hizo sentarme frente a ella, en mi sillita; se inclinó, bajó los párpados, se durmió. De esa cara de estatua salió una voz de yeso. Yo perdí la cabeza: ¿quién contaba, qué y a quién? Mi madre se había ausentado; ni una sonrisa, ni un signo de connivencia, yo estaba exiliado. Y además, no reconocía su lenguaje. ¿De dónde sacaba ella esa seguridad? Al cabo de un instante lo comprendí: el que hablaba era el libro. Salían de él unas frases que me asustaban; eran verdaderos ciempiés, hormigueaban de sílabas y de letras, estiraban sus diptongos, hacían vibrar a las consonantes dobles; cantarinas, nasales, cortadas por pausas y por suspiros, ricas de palabras desconocidas, se encantaban consigo mismas y con sus meandros sin preocuparse por mí. A veces desaparecían antes de que hubiera podido comprenderlas, otras había comprendido por adelantado, y seguían rodando noblemente hacia su terminación sin perdonarme ni una coma. Seguramente ese discurso no me estaba destinado. En cuanto a la historia, se había endomingado: el leñador, su mujer y sus hijas, el hada, toda la gentecilla nuestros semejantes, habían adquirido majestad; se hablaba de sus harapos con magnificencia, las palabras se desteñían sobre las cosas, transformando las acciones en ritos y los acontecimientos en ceremonias. Alguien se puso a hacer preguntas. El editor de mi abuelo, especializado en la publicación de obras escolares, no perdía la ocasión de ejercitar la joven inteligencia de sus lectores. Me parecía que se interrogaba a un niño: ¿Qué habría hecho en lugar del leñador? ¿Cuál de las dos hermanas prefería? ¿Por qué? ¿Aprobaba el castigo de Babette? Pero ese niño no era yo del todo y me daba miedo contestar. Sin embargo respondí, mi débil voz se perdió y sentí que me convertía en otro. También Anne-Marie era otra, con su aire de ciega extralúcida; me parecía que yo era el hijo de todas las madres y que ella era la madre de todos los hijos. Cuando acabó de leer, le quité rápidamente los libros y me los llevé debajo del brazo sin darle las gracias.

> "En vano buscaría en mí la dulce sinrazón y los frondosos recuerdos de las infancias campesinas. Nunca he arañado la tierra ni buscado nidos, no he herborizado ni tirado piedras a los pájaros. Pero los libros fueron mis pájaros y mis nidos, mis animales domésticos, mi establo y mi campo; la biblioteca era el mundo preso en un espejo; tenía su espesor infinito, su variedad, su imprevisibilidad"

POR JEAN-PAUL SARTRE

Las palabras

PUBLICADO EN 1964, *LAS PALABRAS* ES UN LIBRO AUTOBIOGRÁFICO Y A LA VEZ UNA DE LAS OBRAS MÁS LOGRADAS Y BRILLANTES DEL ESCRITOR Y FILÓSOFO FRANCÉS. EN ESTE FRAGMENTO SARTRE HABLA DEL PRIMER CONTACTO CON LOS LIBROS, Y DE LA FORMA EN QUE DESDE NIÑO CONFUNDIÓ EL "DESORDEN DE LAS EXPERIENCIAS LIBRESCAS" CON EL "AZAROSO CURSO DE LOS ACONTECIMIENTOS REALES".

Empecé mi vida como sin duda la acabaré: en medio de los libros. En el despacho de mi abuelo había libros por todas partes; estaba prohibido limpiarles el polvo salvo una vez al año, en octubre, antes del comienzo de las clases. No sabía leer aún y ya reverenciaba esas piedras levantadas: derechas o inclinadas, apretadas como ladrillos en los estantes de la biblioteca o noblemente espaciadas formando avenidas de menhires, sentía que la prosperidad de nuestra familia dependía de ellas. Se parecían todas; yo retozaba en un santuario minúsculo, rodeado de monumentos rechonchos, antiguos, que me habían visto nacer, que habían de verme morir y cuya permanencia me garantizaba un porvenir tan tanquilo como el pasado. Yo las tocaba a escondidas para honrar a mis manos con su polvo, pero no sabía qué hacer con ellas y asistía cada día a unas ceremonias cuyo sentido se me escapaba. Mi abuelo, tan torpe de costumbre que mi madre le abrochaba los guantes, manejaba esos objetos culturales con una destreza de oficiante. Le he visto mil veces levantarse con un aire ausente, dar la vuelta a la mesa, cruzar la habitación de dos zancadas, tomar un volumen sin dudar ni lo más mínimo, sin tener el tiempo de elegir, hojearlo mientras volvía a su sillón, con un movimiento combinado del pulgar y del índice, y luego, apenas sentado, abrirlo de golpe por "la página buena", haciéndolo crujir como un zapato. A veces me acercaba para observar esas cajas que se hendían como ostras y descubrir las desnudez de sus órganos interiores, unas hojas descoloridas y enmohecidas, ligeramente infladas, cubiertas de venillas negras que bebían tinta y olían a hongo.

En la habitación de mi abuela los libros estaban echados; se los prestaban en una biblioteca y nunca vi más de dos a la vez. Esas baratijas me hacían pensar en los confites de Año Nuevo porque sus hojas flexibles y con reflejos parecían recortadas en papel satinado. Vivas, blancas, casi nuevas, servían de pretexto para unos ligeros misterios. Todos los viernes mi abuela se vestía para salir y decía: "Los voy a devolver"; a la vuelta, después de haberse quitado el sombrero negro y el velo, los sacaba de su manguito y yo me preguntaba, chasqueado: "¿Son los mismos?". Ella los "forraba" cuidadosamente y luego, tras haber elegido uno de ellos, se instalaba junto a la ventana, en la poltrona, se calzaba las gafas, suspiraba de felicidad y de lasitud, bajaba los párpados con una fina sonrisa voluptuosa, que después encontré en los labios de la *Gioconda;* mi madre se callaba, me pedía que me callase, yo pensaba en la misa, en la muerte, en el sueño; me llenaba de un silencio sagrado. Louise soltaba una risita de vez en cuando, llamaba a su hija, señalaba una línea con el dedo y las dos mujeres intercambiaban una mirada de complicidad. Sin embargo, no me gustaban esos libros con encuadernación demasiado distinguida; eran unos intrusos y mi abuelo no ocultaba que eran objeto de un culto menor, exclusivamente femenino. El domingo entraba por no saber qué hacer en la habitación de su mujer y se plantaba delante de ella sin tener nada que decirle; todo el mundo le miraba, él tamborileaba en el cristal y al final, cuando ya no podía inventar nada, se volvía hacia donde estaba Louise y le quitaba la novela de las manos. "¡Charles –gritaba ella, furiosa–, me vas a perder la página!". Él, con las cejas levantadas, ya estaba leyendo; de pronto golpeaba el libro con el índice: "¡No entiendo!". "¿Pero cómo quieres entender –decía mi abuela–, si lees para adentro?". Acababa tirando el libro sobre la mesa y se iba alzándose de hombros.

Como era del oficio, seguramente tenía razón. Yo lo sabía, me había enseñado, en un estante de la biblioteca, unos gruesos volúmenes encuadernados cubiertos con una tela oscura. "Esos, pequeño, los ha hecho tu abuelo." ¡Qué orgullo! Yo era el nieto de un artesano especializado en la fabricación de objetos santos, tan respetable como un constructor de órganos, como un sastre de clérigos. Yo le vi manos a la obra: todos los años reeditaba el *Deutsches Lesebuch.* En las vacaciones toda la familia esperaba las pruebas con impaciencia; Charles no soportaba la inactividad; se enfadaba para pasar el tiempo. Por fin el cartero llegaba con unos gruesos paquetes blandos, cortábamos los cordeles con unas tijeras; mi abuelo desplegaba las galeradas, las extendía encima de la mesa del comedor y las acuchillaba con rayas rojas, cada vez que había una errata blasfemaba entre dientes, pero sólo gritaba cuando la muchacha pretendía poner la mesa. Todo el mundo estaba contento. Yo, subido encima de una silla, contemplaba con éxtasis esas líneas negras estriadas de sangre. Charles Schweitzer me enseñó que tenía un enemigo mortal: su editor. Mi abuelo nunca había sabido contar; pródigo por despreocupación, generoso por ostentación, acabó por caer, mucho más tarde, en esa enfermedad de los octogenarios: la avaricia, efecto de la impotencia y del miedo a la muerte. En aquella época sólo una extraña desconfianza la anunciaba; cuando recibía, en un giro, el importe de sus derechos de autor; elevaba los brazos al cielo gritando que le degollaban o entraba en la habitación de mi abuela y declaraba sombríamente: "Mi editor me roba como un salteador de caminos". Yo descubrí, estupefacto, la explotación del hombre por el hombre. Sin esta abominación, afortunadamente circunscrita, el mundo habría estado bien hecho: los patronos daban según sus posibilidades a los obreros según sus méritos. ¿Por qué tenían que deslucirlo los editores, esos vampiros, bebiéndose la sangre de mi pobre abuelo? Aumentó mi respeto por aquel hombre de Dios cuya dedicación no encontraba la merecida recompensa. Muy pronto me encontré preparado para tratar el profesorado como un sacerdocio y la literatura como una pasión.

Aún no sabía leer, pero ya era lo bastante *snob* para exigir tener mis libros. Mi abuelo se fue a ver al pícaro de su editor e hizo que le diesen *Les Contes* del poeta Maurice Bouchor, relatos sacados del folklore y adaptados al gusto de los niños por un hombre que, según decía él, había conservado los ojos de la infancia. Yo quise empezar enseguida las ceremonias de apropiación. Tomé los dos pequeños volúmenes, los olí, los palpé, los abrí cuidadosamente por "la página buena" haciendo que crujiesen. Era en vano: no tenía el sentimiento de poseerlos. Sin lograr mayor éxito, intenté tratarlos como muñecas, los mecí, los besé, les pegué.

> "En vano buscaría en mí la dulce sinrazón y los frondosos recuerdos de las infancias campesinas. Nunca he arañado la tierra ni buscado nidos, no he herborizado ni tirado piedras a los pájaros. Pero los libros fueron mis pájaros y mis nidos, mis animales domésticos, mi establo y mi campo; la biblioteca era el mundo preso en un espejo; tenía su espesor infinito, su variedad, su imprevisibilidad"

A punto de echarme a llorar, acabé poniéndoselos en las rodillas a mi madre. Ella levantó la vista de su labor. "¿Qué quieres que te lea, queridín? ¿Las Hadas?". Yo pregunté, incrédulo: "¿Están ahí dentro las hadas?". Ese cuento me resultaba familiar; mi madre me lo contaba muchas veces, cuando me lavaba, interrumpiéndose para friccionarme con agua de Colonia, para recoger, debajo de la bañera, el jabón que se le había escapado de las manos, y yo escuchaba distraídamente el relato tan conocido; yo no tenía ojos más que para Anne-Marie, esa muchacha de todos mis despertares; sólo tenía oídos para su voz turbada por la servidumbre; me gustaban sus frases inconclusas, sus palabras siempre retrasadas, su brusca seguridad, rápidamente desecha y que se volvía derrotada para desaparecer con unas hilachas melodiosas y recomponerse después de un silencio. Además de todo eso estaba la historia: era el lazo de sus soliloquios. Mientras ella hablaba, estábamos solos y clandestinamente, lejos de los hombres, de los dioses y de los sacerdotes, como dos corzas en el bosque, con las otras corzas, las Hadas; yo no podía creer que se hubiera compuesto todo un libro para que en él apareciese ese episodio de nuestra vida profana, que olía a jabón y a agua de Colonia.

Anne-Marie me hizo sentarme frente a ella, en mi sillita; se inclinó, bajó los párpados, se durmió. De esa cara de estatua salió una voz de yeso. Yo perdí la cabeza: ¿quién contaba, qué y a quién? Mi madre se había ausentado; ni una sonrisa, ni un signo de connivencia, yo estaba exiliado. Y además, no reconocía su lenguaje. ¿De dónde sacaba ella esa seguridad? Al cabo de un instante lo comprendí: el que hablaba era el libro. Salían de él unas frases que me asustaban; eran verdaderos ciempiés, hormigueaban de sílabas y de letras, estiraban sus diptongos, hacían vibrar a las consonantes dobles; cantarinas, nasales, cortadas por pausas y por suspiros, ricas de palabras desconocidas, se encantaban consigo mismas y con sus meandros sin preocuparse por mí. A veces desaparecían antes de que hubiera podido comprenderlas, otras había comprendido por adelantado, y seguían rodando noblemente hacia su terminación sin perdonarme ni una coma. Seguramente ese discurso no me estaba destinado. En cuanto a la historia, se había endomingado: el leñador, su mujer y sus hijas, el hada, toda la gentecilla nuestros semejantes, habían adquirido majestad; se hablaba de sus harapos con magnificencia, las palabras se desteñían sobre las cosas, transformando las acciones en ritos y los acontecimientos en ceremonias. Alguien se puso a hacer preguntas. El editor de mi abuelo, especializado en la publicación de obras escolares, no perdía la ocasión de ejercitar la joven inteligencia de sus lectores. Me parecía que se interrogaba a un niño: ¿Qué habría hecho en lugar del leñador? ¿Cuál de las dos hermanas prefería? ¿Por qué? ¿Aprobaba el castigo de Babette? Pero ese niño no era yo del todo y me daba miedo contestar. Sin embargo respondí, mi débil voz se perdió y sentí que me convertía en otro. También Anne-Marie era otra, con su aire de ciega extralúcida; me parecía que yo era el hijo de todas las madres y que ella era la madre de todos los hijos. Cuando acabó de leer, le quité rápidamente los libros y me los llevé debajo del brazo sin darle las gracias.

A la larga acabó por gustarme ese momento que me arrancaba de mí mismo: Maurice Bouchor se inclinaba sobre la infancia con la solicitud universal que tienen los jefes de sección con los clientes de los grandes almacenes, eso me halagaba. Acabé por preferir los relatos prefabricados a los improvisados; me volví sensible a la sucesión rigurosa de las palabras, volvían en todas las lecturas, siempre las mismas y con el mismo orden; yo las esperaba. En los cuentos de Anne-Marie, los personajes vivían a la buena de Dios, como ella misma; ahora, adquirieron destinos. Yo estaba en misa: yo asistía al eterno retorno de los nombres y de los acontecimientos.

Entonces tuve celos de mi madre y resolví quitarle su papel. Me apoderé de una obra titulada *Tribulaciones de un chino en China* y me la llevé a la habitación de los trastos; allí, encaramado en una cama plegable, hice como que leía: seguía con los ojos las líneas negras sin saltar una sola y me contaba una historia en voz alta, teniendo el cuidado de pronunciar todas las sílabas. Me sorprendieron –o hice que me sorprendieran–, lanzaron exclamaciones y decidieron que ya era hora de enseñarme el alfabeto. Mostré tanto celo como un catecúmeno; llegué hasta darme clases particulares; me encaramaba en lo alto de mi cama plegable con *Sin familia,* de Héctor Malot, que me sabía de memoria y, medio recitando, medio descifrando, recorrí una tras otra todas las páginas; cuando volví la última, ya sabía leer.

Estaba loco de alegría. ¡Eran mías esas voces secadas en sus pequeños herbarios, esas voces que reanimaba mi abuelo con su mirada, que él entendía, que yo no entendía! Yo las escucharía, me llenaría de discursos ceremoniosos, sabría todo. Me dejaron vagabundear por la biblioteca y me lancé al asalto de la sabiduría humana. Es lo que me ha hecho. Más tarde, he oído cien veces a los antisemitas reprochar a los judíos que ignoran las lecciones y los silencios de la naturaleza; yo contestaba: "En tal caso, yo soy más judío que ellos." En vano buscaría en mí la dulce sinrazón y los frondosos recuerdos de las infancias campesinas. Nunca he arañado la tierra ni buscado nidos, no he herborizado ni tirado piedras a los pájaros. Pero los libros fueron mis pájaros y mis nidos, mis animales domésticos, mi establo y mi campo; la biblioteca era el mundo preso en un espejo; tenía su espesor infinito, su variedad, su imprevisibilidad. Yo me lancé a unas aventuras increíbles; tenía que trepar por las sillas y las mesas a riesgo de provocar unos aludes que me habrían sepultado. Durante mucho tiempo las obras del estante superior permanecieron fuera de mi alcance; otras me las quitaron de las manos cuando apenas si las había descubierto; y otras se escondían: yo las había tomado, había empezado a leerlas, creía haberlas dejado en su sitio y después necesitaba una semana para volver a encontrarlas. Tuve encuentros horribles: abría un álbum



y caía sobre una lámina en colores donde unos insectos asquerosos bullían ante mí. Tumbado en la alfombra, emprendí áridos viajes a través de Fontenelle, Aristófanes, Rabelais; las frases se me resistían como cosas, había que observalas, contornearlas, fingir que me alejaba y volver a ellas bruscamente para sorprenderlas descuidadas: la mayor parte de las veces guardaban su secreto. Yo era La Pérouse, Magallanes, Vasco de Gama, descubrí indígenas extraños: "Heautontimorumenos" en una traducción de Terencio en alejandrinos, "idiosincrasia" en una obra de literatura comparada. Apócope, Quiasma, Parangón, otros cien cafres impenetrables y distantes surgían al volver una página y su sola aparición dislocaba todo el párrafo. El sentido de esas palabras duras y negras sólo lo conocí diez o quince años después y aún hoy guardan su opacidad: es el humus de mi memoria.

La biblioteca no comprendía apenas más que los grandes clásicos de Francia y de Alemania. También había gramáticas, algunas novelas célebres, los *Cuentos escogidos,* de Maupassant, unos libros de arte –un *Rubens,* un *Van Dyck,* un *Durero,* un *Rembrandt*– que le habían regalado a mi abuelo los alumnos en algún Año Nuevo. Magro universo. Pero para mí la Enciclopedia Larousse lo era todo. Tomaba un tomo al azar, detrás de la mesa, en el penúltimo estante, A-Bello, Belloc-Ch o Ci-D, Mele-Po o Pr-Z (estas asociaciones de sílabas se habían vuelto nombres propios que designaban a los sectores del saber universal: estaba la región Ci-D, la región Pr-Z, con su fauna y su flora, sus ciudades, sus grandes hombres y sus batallas); yo lo ponía con mucho esfuerzo sobre la carpeta de mi abuelo, lo abría, descubría a los verdaderos pájaros, cazaba verdaderas mariposas posadas en flores verdaderas. Estaban allí, personalmente, hombres y animales: los grabados eran sus cuerpos, el texto era su alma, su esencia singular; en el exterior se encontraban vagos esbozos que se acercaban más o menos a los arquetipos sin alcanzar su perfección; en el Jardín de Aclimatación, los monos eran menos monos; en el Jardín del Luxemburgo, los hombres eran menos hombres. Platónico por estado, yo iba del saber a su objeto; encontraba más realidad en la idea que en la cosa, porque se daba a mí antes y porque se daba como una cosa. Encontré el universo en los libros: asimilado, clasificado, etiquetado, pensado, aún temible; y confundí el desorden de mis experiencias librescas con el azaroso curso de los acontecimientos reales. De ahí proviene ese idealismo del que me costó treinta años deshacerme.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS, SELECCIÓN DE TEXTOS Y FOTOS POR GUILLERMO PIRO. DE *LAS PALABRAS*, POR JEAN-PAUL SARTRE. SE REPRODUCE AQUI POR GENTILEZA DE ALIANZA EDITORIAL.



A la larga acabó por gustarme ese momento que me arrancaba de mí mismo: Maurice Bouchor se inclinaba sobre la infancia con la solicitud universal que tienen los jefes de sección con los clientes de los grandes almacenes, eso me halagaba. Acabé por preferir los relatos prefabricados a los improvisados; me volví sensible a la sucesión rigurosa de las palabras, volvían en todas las lecturas, siempre las mismas y con el mismo orden; yo las esperaba. En los cuentos de Anne-Marie, los personajes vivían a la buena de Dios, como ella misma; ahora, adquirieron destinos. Yo estaba en misa: yo asistía al eterno retorno de los nombres y de los acontecimientos.

Entonces tuve celos de mi madre y resolví quitarle su papel. Me apoderé de una obra titulada *Tribulaciones de un chino en China* y me la llevé a la habitación de los trastos; allí, encaramado en una cama plegable, hice como que leía: seguía con los ojos las líneas negras sin saltar una sola y me contaba una historia en voz alta, teniendo el cuidado de pronunciar todas las sílabas. Me sorprendieron –o hice que me sorprendieran–, lanzaron exclamaciones y decidieron que ya era hora de enseñarme el alfabeto. Mostré tanto celo como un catecúmeno; llegué hasta darme clases particulares; me encaramaba en lo alto de mi cama plegable con *Sin familia*, de Héctor Malot, que me sabía de memoria y, medio recitando, medio descifrando, recorrí una tras otra todas las páginas; cuando volví la última, ya sabía leer.

Estaba loco de alegría. ¡Eran mías esas voces secadas en sus pequeños herbarios, esas voces que reanimaba mi abuelo con su mirada, que él entendía, que yo no entendía! Yo las escucharía, me llenaría de discursos ceremoniosos, sabría todo. Me dejaron vagabundear por la biblioteca y me lancé al asalto de la sabiduría humana. Es lo que me ha hecho. Más tarde, he oído cien veces a los antisemitas reprochar a los judíos que ignoran las lecciones y los silencios de la naturaleza; yo contestaba: "En tal caso, yo soy más judío que ellos." En vano buscaría en mí la dulce sinrazón y los frondosos recuerdos de las infancias campesinas. Nunca he arañado la tierra ni buscado nidos, no he herborizado ni tirado piedras a los pájaros. Pero los libros fueron mis pájaros y mis nidos, mis animales domésticos, mi establo y mi campo; la biblioteca era el mundo preso en un espejo; tenía su espesor infinito, su variedad, su imprevisibilidad. Yo me lancé a unas aventuras increíbles; tenía que trepar por las sillas y las mesas a riesgo de provocar unos aludes que me habrían sepultado. Durante mucho tiempo las obras del estante superior permanecieron fuera de mi alcance; otras me las quitaron de las manos cuando apenas si las había descubierto; y otras se escondían: yo las había tomado, había empezado a leerlas, creía haberlas dejado en su sitio y después necesitaba una semana para volver a encontrarlas. Tuve encuentros horribles: abría un álbum y caía sobre una lámina en colores donde unos insectos asquerosos bullían ante mí. Tumbado en la alfombra, emprendí áridos viajes a través de Fontenelle, Aristófanes, Rabelais; las frases se me resistían como cosas, había que observalas, contornearlas, fingir que me alejaba y volver a ellas bruscamente para sorprenderlas descuidadas: la mayor parte de las veces guardaban su secreto. Yo era La Pérouse, Magallanes, Vasco de Gama, descubrí indígenas extraños: "Heautontimorumenos" en una traducción de Terencio en alejandrinos, "idiosincrasia" en una obra de literatura comparada. Apócope, Quiasma, Parangón, otros cien cafres impenetrables y distantes surgían al volver una página y su sola aparición dislocaba todo el párrafo. El sentido de esas palabras duras y negras sólo lo conocí diez o quince años después y aún hoy guardan su opacidad: es el humus de mi memoria.

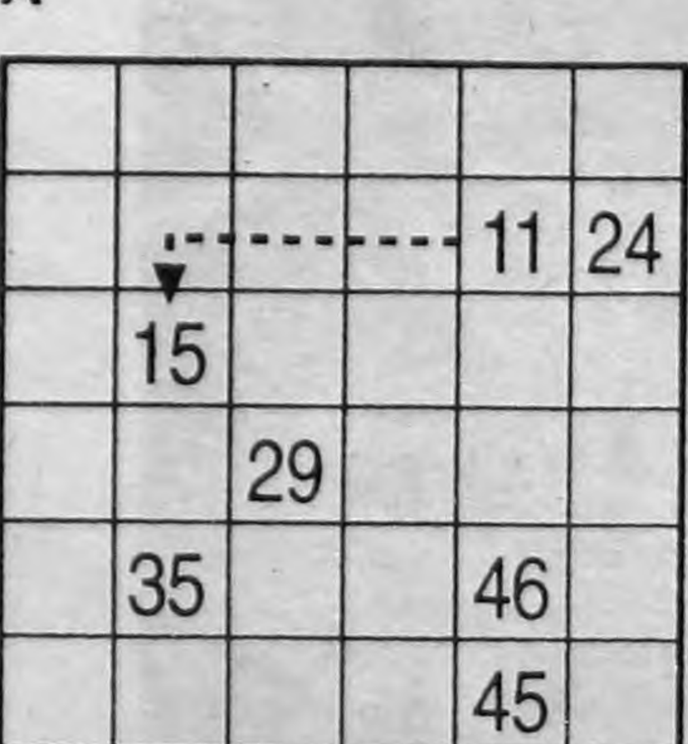
La biblioteca no comprendía apenas más que los grandes clásicos de Francia y de Alemania. También había gramáticas, algunas novelas célebres, los *Cuentos escogidos*, de Maupassant, unos libros de arte –un *Rubens*, un *Van Dyck*, un *Durero*, un *Rembrandt*– que le habían regalado a mi abuelo los alumnos en algún Año Nuevo. Magro universo. Pero para mí la Enciclopedia Larousse lo era todo. Tomaba un tomo al azar, detrás de la mesa, en el penúltimo estante, A-Bello, Belloc-Ch o Ci-D, Mele-Po o Pr-Z (estas asociaciones de sílabas se habían vuelto nombres propios que designaban a los sectores del saber universal: estaba la región Ci-D, la región Pr-Z, con su fauna y su flora, sus ciudades, sus grandes hombres y sus batallas); yo lo ponía con mucho esfuerzo sobre la carpeta de mi abuelo, lo abría, descubría a los verdaderos pájaros, cazaba verdaderas mariposas posadas en flores verdaderas. Estaban allí, personalmente, hombres y animales: los grabados eran sus cuerpos, el texto era su alma, su esencia singular; en el exterior se encontraban vagos esbozos que se acercaban más o menos a los arquetipos sin alcanzar su perfección; en el Jardín de Aclimatación, los monos eran menos monos; en el Jardín del Luxemburgo, los hombres eran menos hombres. Platónico por estado, yo iba del saber a su objeto; encontraba más realidad en la idea que en la cosa, porque se daba a mí antes y porque se daba como una cosa. Encontré el universo en los libros: asimilado, clasificado, etiquetado, pensado, aún temible; y confundí el desorden de mis experiencias librescas con el azaroso curso de los acontecimientos reales. De ahí proviene ese idealismo del que me costó treinta años deshacerme.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS, SELECCIÓN DE TEXTOS Y FOTOS POR GUILLERMO PIRO. DE *LAS PALABRAS*, POR JEAN-PAUL SARTRE. SE REPRODUCE AQUI POR GENTILEZA DE ALIANZA EDITORIAL.

EL SABUESO

Un buen sabueso ha recorrido esmeradamente cada uno de estos campos cuadriculados. Al día siguiente llega usted y sólo encuentra algunos rastros dispersos. Reconstruya exactamente los recorridos del sabueso sabiendo que: 1) Cada tablero contiene un recorrido diferente e independiente de los otros. 2) El sabueso ha avanzado a lo largo de números consecutivos, pasando de una casilla a otra vecina, en horizontal o en vertical (nunca en diagonal). 3) Cada recorrido empieza en un número que puede estar entre 1 y 25, y es algo que también usted deberá descubrir. 4) El sabueso no ha dejado casillas sin visitar; es decir, ha recorrido todo el tablero. 5) En el primer caso indicamos el comienzo del recorrido.

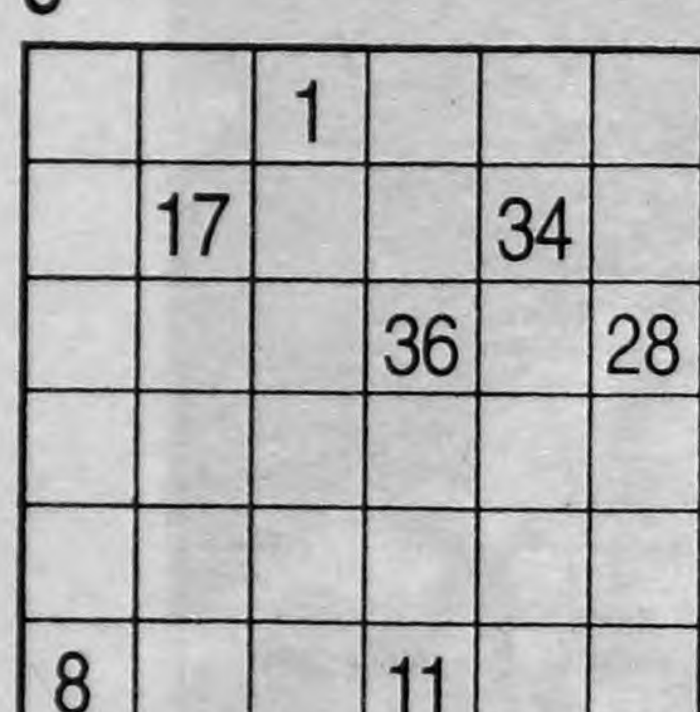
A



B

			15		
	24				
			19		
7					42

C



D

		24	21		
		31	14		
	33			10	45

Grilla Clásica

Responda las referencias escribiendo las palabras en el CUADRO 1. Luego traslade las letras al CUADRO 2, según su numeración, y podrá leer allí un pensamiento de un escritor español. Su nombre y apellido se formarán leyendo en vertical la primera casilla de cada hilera del CUADRO 1.

CUADRO 1

A	37	92	24	44	82	12	63
B	76	66	54	2	39	83	
C	55	28	20	42	53	34	
D	73	59	3	64	30	86	
E	38	32	60	10	49	27	
F	88	40	35	11	29	71	
G	13	91	69	75	18	6	
H	51	4	23	74	62	41	
I	22	5	61	48	33	14	
J	72	15	67	85	78	52	
K	58	21	31	45	8	77	
L	25	56	17	43	65	84	
M	26	36	81	90	7	57	
N	79	68	1	16	89	50	
O	9	70	87	46	47	80	19

CUADRO 2

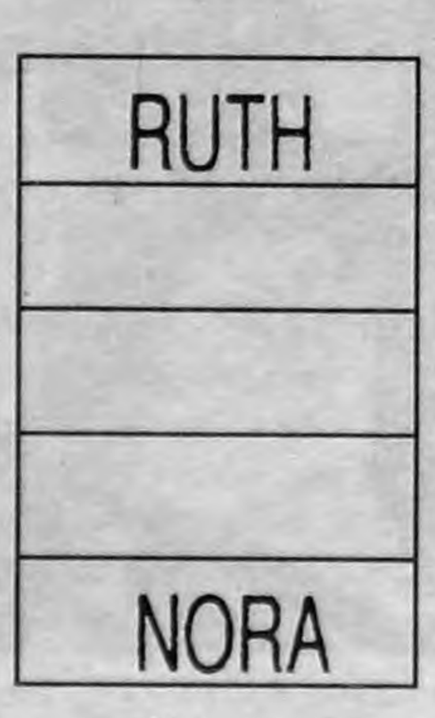
1 N	2 B	3 D	4 H	5 I	6 G	■	7 M	8 K
9 O	■	10 E	11 F	12 A ,	■	13 G	14 I	15 J
16 N	17 L	18 G	19 O	■	20 C	21 K	■	22 I
23 H	24 A	25 L	26 M	■	27 E	28 C	29 F	30 D
31 K	32 E	33 I	34 C	35 F	36 M	■	37 A	38 E
■	39 B	40 F	41 H	42 C	43 L	44 A	45 K	46 O
47 O ,	■	48 I	49 E	50 N	51 H	52 J	53 C	■
54 B	55 C	56 L	57 M	58 K	59 D	60 E	■	61 I
62 H	63 A	■	64 D	65 L	66 B	67 J	68 N	■
69 G	70 O	71 F	■	72 J	73 D	74 H	75 G	76 B
77 K	78 J	79 N	80 O	81 M	■	82 A	83 B	■
84 L	85 J	86 D	87 O	88 F	89 N	90 M	91 G	92 A .

Definiciones

A. Frágiles.
B. Aparato de calefacción.
C. Ninfa de las aguas.
D. Concavidad para colocar una cosa, especialmente un cadáver (pl.).
E. Acción de atacar.
F. Disminuye.
G. Muro para contener las aguas (pl.).
H. Mamífero carnívoro de Asia y Africa.
I. Animal racional.
J. Persona que otorga valor esencial a lo bello.
K. Cedan una mercadería por cierto precio.
L. Enseñad, instruid.
M. Bultillo que aparece en la piel después de una picadura.
N. Planos inclinados.
O. Yunta de bueyes (pl.).

CARLITOS **por Bill Hoest**

Escaleras



Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez. Tal vez lo logre en menos pasos que nosotros.

TEJER
HILOS

Soluciones

Escaleras

A. Ruth, ruta, rota, nota, Nora. **B.** Tejer, tejes, tejas, telas, tilas, tilos, hilos.

Grilla Clásica

A. LABILES / **B.** ESTUFA / **C.** ONDINA / **D.** NICHOS / **E.** ATAQUE / **F.** REDUCE / **G.** DIQUES / **H.** CHACAL / **I.** HOMBRE / **J.** ESTETA / **K.** VENDAN / **L.** EDUCAD / **M.** RONCHA / **N.** RAMPAS / **O.** YUGADAS.

"Muchos hay que, después de haber encontrado la felicidad, buscan todavía más hasta que encuentran la desgracia." Leonard Cheverry.

El Sabueso

A

18	19	20	21	22	23
17	14	13	12	11	24
16	15	28	27	26	25
31	30	29	40	41	42
32	35	36	39	46	43
33	34	37	38	45	44

B

12	13	14	15	36	37
11	24	23	16	35	38
10	25	22	17	34	39
9	26	21	18	33	40
8	27	20	19	32	41
7	28	29	30	31	42

C

3	2	1	32	31	30
4	17	18	33	34	29
5	16	19	36	35	28
6	15	20	21	22	27
7	14	13	12	23	26
8	9	10	11	24	25

D

27	26	23	22	19	18
28	25	24	21	20	17
29	30	31	14	15	16
34	33	32	13	10	45
35	38	39	12	11	44
36	37	40	41	42	43